

Erik Lax

Woody Allen

La infancia de un neurótico

Woody Allen nació en Brooklyn, Nueva York, en la primavera de 1952, cuando Allan Stewart Königsberg, nacido en el Bronx el primero de diciembre de 1935, se resguardó bajo ese nombre. Criado en Brooklyn, esa primavera decidió convertirse en escritor de comedia y comenzó a enviar chistes y tiras cómicas a varios columnistas de los periódicos neoyorquinos cuyos espacios eran refugio diario para millones de lectores.

Siempre temió que sus compañeros de clase vieran su verdadero nombre en documentos escolares. Más tarde se justificaría diciendo que todos en la farándula cambian de nombre: "es parte del mito, parte del glamour". Como Allan Königsberg no era un nombre ligero para una persona graciosa, trató de crear uno que lo fuera. Le gustaba Allan y decidió que el más comúnmente pronunciado Allen haría un buen apellido, pero ¿qué del nombre de pila? Pensó en Max, por su ídolo el escritor Max Shelman; también en Mel, pero Mel Allen era el locutor de los Yankees de Nueva York. Eventualmente pensó en Woody y se quedó con él porque llevaba, decía, "una pertinencia ligeramente cómica y no tan desusual". No obstante la creencia popular de que su decisión fue un homenaje a uno u otro músico, era, insiste, puramente arbitraria y del todo desligada de Woody Herman, Woody Guthrie, Woody Woodpecker o hasta Woodrow Wilson.

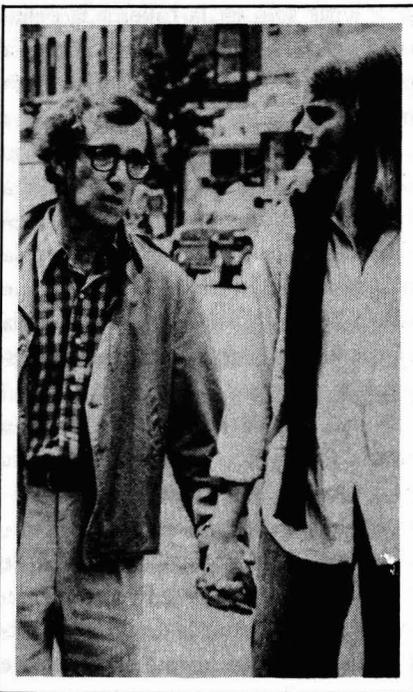
De forma arbitraria, como su decisión, comenzó un proceso en el mundo

del teatro donde tradicionalmente se cambian nombres para borrar huellas de inmigración o por simple eufonía. La idea de que un auditorio pueda estar más amablemente dispuesto hacia alguien llamado Woody Allen que a un Allan Königsberg (o, para este caso, más a Cary Grant que a Archie Leach), es común entre intérpretes y productores, quienes piensan que el público acepta fácilmente a alguien con un nombre "normal". Así, Woody no es nombre normal para cualquiera, incluso un cómico, donde la tendencia general es cambiar de la etnicidad a la blandura: Joseph Levitch a Jerry Lewis; David Daniel Kaminsky a Danny Kaye; Milton Berlinger a Milton Berle; Leslie Townes Hope (que nació en Inglaterra) a Bob Hope; Benjamin Kubelsky a Jack Benny (después de un corto interludio

a Benny K. Benny). Las excepciones obvias a esto son los hermanos Marx -Groucho, Harpo, Chico, Gummo y Zeppo- y es por esta línea por la que va Woody. Como a ellos, su sólo nombre le da reconocimiento instantáneo.

Liberado, incluso subcientemente, de su identidad desde el nacimiento, un animador puede crecer en otra persona artísticamente más adecuada, aunque en el caso de Woody Allen, primero sus chistes y después sus interpretaciones eran tan personales, tan idiosincráticas que el hombre y su personaje eran uno. Woody Allen, el gran comediante y estrella de cine -un animado tramposo que es más producto de la casualidad y masa de neurosis con pies que el forajido sexual que él se imagina- no parece ser muy diferente dentro que fuera del escenario.

En parte, la razón es simplemente su ropa. Charles Chaplin tenía su traje de vagabundo; Groucho Marx, un grueso bigote pintado con grasa y levita. Necesitaban vestimentas específicas para llenar los personajes y el público no esperaba verlos vestidos de ese modo en la calle; sabían que había por lo menos alguna distinción entre personaje y persona. No obstante, Woody Allen usa los mismos pantalones holgados de pana, el mismo suéter luido, los mismos anteojos de armazón negro y zapatos cómodos tanto dentro como fuera de escena. Su idea del vestir perfecto es poderse levantar en la mañana, tomar la primera prenda a la mano, ir al set a dirigir su película del momento y sólo pararse enfrente de la cámara cuando tiene que hacerlo, generalmente sin el beneficio de una muda de camisa, sin mencionar la aplicación de maquillaje. Para com-



Woody Allen y Mariel Hemingway, en *Manhattan*

Fragmento de *Woody Allen, a biography*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1991.

prender tanto al personaje como al artista es necesario mantenerlos separados.

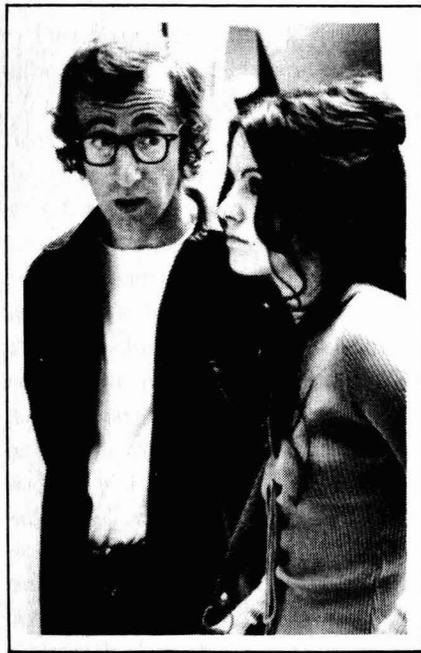
Woody Allen, el personaje —inicialmente un sujeto torpe de dudosas habilidades, ninguna de las cuales incluye una conexión exitosa con la realidad, más recientemente un desadaptado obstinadamente sano que persevera a pesar de sus temores y neurosis— es una creación alegre, confeccionada a partir de una base personal muy exagerada. Está tan bien delineado que sólo pensar en él nos trae una sonrisa. Sin embargo el cineasta, músico y padre que es Woody Allen en la realidad (ha sido su nombre legal desde principios de los 60) es tan serio en otros aspectos de su vida como lo es en sus representaciones. Mientras que el personaje no tiene control sobre lo que pasa, el hombre tiene un control casi completo sobre lo que hace. Consideremos el trato único que tiene con los inversionistas y distribuidores de todas sus películas: siempre y cuando permanezca dentro de cierto presupuesto, tiene total libertad artística; guión, selección de actores, dirección, edición, música, todo está sujeto a su aprobación. Es una licencia que ningún otro director tiene, y no se lo toma a la ligera. Ejerce esa autoridad rigurosa, confidencial y, mientras lo permita su talento, reescribe y rehace hasta un 50% el guión original. Los ejecutivos de cualquier compañía que le respalde (Orion Pictures Corporation desde 1980 aunque, tras una breve interrupción, los principales directivos han sido los mismos desde 1970) primero rara vez veían y ahora nunca ven versión alguna de sus guiones y, de hecho, sabe poco de su última película hasta que se las muestra cuando está lista para el público.

Casi cualquiera asocia la infancia de Woody Allen con Brooklyn y sus películas con la ciudad de Nueva York. Aunque son ciertamente las locaciones de sus historias, y aun cuando es indiscutiblemente el cronista más importante de la vida y costumbres metropolitanas norteamericanas de fin de siglo, sus influencias son una amalgama de la vieja Europa y Nueva York.

Su infancia encarnaba mucho más Europa que Norteamérica, al igual que para los millones de niños neoyorquinos

descendientes de inmigrantes. Los parientes maternos provenían de la Viena de principios de siglo; los paternos eran rusos de la misma época.

Mientras sus padres trabajaban, la mayor parte del día, Allan fue cuidado por una sucesión de mujeres torpes y pobremente educadas, pagadas por hora y que duraban generalmente sólo un par de semanas antes de renunciar o ser despedidas. Lo inadecuado de las mujeres variaba de la pasiva, que lo de-



Con Diana Dávila en *Play It Again, Sam*

jaba jugar solo en la calle, a la delincuente, que le robaba la ropa, o a la psicópata. Un día, cuando Allan tenía tres años, la incompetente nana fue a su cuna, le puso unas cobijas, lo envolvió con ellas de tal manera que no pudiera respirar y le dijo: “¿ves?, te puedo asfixiar en este instante, tirarte en la basura y nadie sabría jamás lo que pasó”. Sólo entonces, como él recuerda cincuenta años después, ella lo dejó respirar de nuevo.

Nunca contó a sus padres su contacto con la sofocación y, después de que la mujer lo dejó libre, siguió jugando normalmente sin ningún trauma aparente —pero su juego normal como niño de tres años no requería subirse a un elevador o pasar a través de un túnel, actividades que actualmente evita siempre que sea posible.

En casa, sin embargo, había riesgos más allá de nanas maniacas. Aunada a su miseria, estaba la naturaleza del matrimonio de sus padres, la que describe como “una relación totalmente contenciosa. No hacían nada salvo intercambiar fuego”. La fuente de disputas entre sus padres era cualquier cosa y todo. El dinero era un problema obvio y continuo, pues Martin, su padre, era licenciado y Nettie, su madre, era frugal. Él siempre trabajó muy duro en sus diferentes empleos y trajo lo suficiente para vivir al día, pero también era rápido para gastar lo que tuviera, ya fuera en ropa para él, en añadir juguetes a la colección de Allan o, más tarde, en darle dinero para hacer cosas. Para Nettie esto era intolerable. Los dos juntos eran pólvora y cerillo.

Allan, un testigo constante de estas explosiones domésticas, era demasiado joven para seguir los detalles, aunque en realidad no importaba. Los argumentos eran genéricos más que específicos: acerca del dinero; si mudarse o no, y si lo hacían ¿dónde sería?; el orden del guardarropa de Martin; qué negocio emprender. Los argumentos tenían temas ilimitados y tomaban lugar en los confines del hogar.

“Sus peleas nunca fueron acerca de otra mujer u otro hombre y mi padre nunca bebió ni nada por el estilo —dice Woody—. Su único vicio era comprar mucha ropa. Pero cada detalle insignificante ascendía hacia una nueva pelea. Si mi padre se ponía una camisa nueva y mi madre cortaba un melón y una gota llegaba a salpicarla, en cinco minutos se enfrascaban uno contra el otro como navajas.”

La constante lucha de su padres parece ser la mejor explicación para el carácter de Woody. Cuando cumplió cinco años le sucedieron dos cosas que afectaron plenamente su vida —el cómo afectaron su trabajo es más difícil de explicar. La primera es imposible de definir claramente; fue un cambio de actitud y personalidad que ocurrió con el tiempo y no fue causada por algún evento específico.

“Mi madre siempre dijo que yo fui un niño feliz en mis primeros años, pero cuando tuve como cinco, algo pasó, sintió que me volví hurraño —dijo Woody

un día mientras hablaba de su niñez—. No guardo memoria sobre algún acontecimiento traumático ni nadie que me lo hubiera provocado. Fui un solitario desde temprana edad. Recuerdo a otros niños de la clase psicoanalizándome torpemente cuando iba en sexto año y decir; 'bueno, ¿te das cuenta de que cuando caminas a la escuela lo haces por las callejuelas?', cosa que yo hacía. A menudo bajaba por la calle y tomaba atajos. Ellos decían eso porque no quería estar con la gente, y eso no podía ser más cierto, aunque en esa época no era totalmente consciente del asunto. Mi familia no era así; gritaban y eran extrovertidos, pero definitivamente yo nunca fui sociable. Es una paradoja."

Algunas de las causas más probables y obvias de este comportamiento pueden provenir de sus experiencias con niñeras y de la enorme incomodidad que sentía cuando sus padres se gritaban. Existe también la relación ambivalente que tenía con ellos porque era la costumbre de la época y porque su madre no conocía otra forma de enfrentarsele: a menudo lo abofeteaba o le daba de nalgadas en un intento de controlarlo.

No era que fuera un niño maltratado o no querido, ni que él no quisiera a sus padres, sólo era diferente a su familia; casi desde el principio, fue para ellos un problema manejarlo.

"Era un niño extraordinario" —dice su única hermana, Letty Aronson, quien nació cuando él tenía ocho años. Tiene un posgrado en educación a niños con problemas emocionales. "No era un niño promedio y todo el sistema educativo está diseñado para niños promedio, por lo que de nada le servía".

En una entrevista con su madre para un documental llamado *Dos madres* (la otra mujer en la película era Maureen O'Sullivan, madre de Mia Farrow), hay este intercambio entre madre e hijo:

Él: —¿Me pegabas?

Ella: —Tienes que perdonarme. Te di nalgadas. No fui abusiva, no. Pero te las daba... te pegué ocasionalmente, sí. Te di nalgadas ocasionalmente.

Él: —Recuerdo que me pegaste a diario cuando era niño.

Ella: —(Aturdida) ¿Cómo, qué? ¿Te pegaba?

Él: —No, pero siempre me abofeteabas.

Ella: —Eras un niño activo... Eras muy brillante y corrías y brincabas. No sabía como controlar a un niño así. Eras demasiado activo, demasiado niño para mí.

No fui tan buena contigo porque fui muy estricta, de lo que me arrepiento. Porque si no hubiera sido tan estricta, pudiste haber sido más... no tan impaciente... pudiste haber sido un ¿qué debo decir? Eras una buena persona, pero mmmh, tal vez más suave, tal vez más cálido. Esa es la palabra que quería usar, era difícil para mí controlarte. Fui mucho más dulce con Letty que contigo.

El otro acontecimiento más definido y probablemente el más importante a la edad de cinco años, es la estancia en la Escuela Pública 99 de Brooklyn, la escuela en la que fue torpemente psicoanalizado y la escuela en la que su padre estudió. Pudo haber estado en la Escuela Elemental Hunter en Manhattan, que ofrecía un programa especial para alumnos brillantes. Allan salió muy alto en los test de coeficiente intelectual para niños que comienzan la escuela y Nettie tal vez vio esto como una oportunidad perdida para su hijo. La escuela implicaba un largo camino en metro desde Brooklyn y hubiera sido muy difícil para ella hacer dos viajes redondos al día para llevarlo y recogerlo de la escuela.

"En retrospectiva, mi más grande pesar es que mis padres no vivieran en Manhattan", dice Woody un día que su chofer lo lleva de regreso a Manhattan después de pasar por el viejo vecindario, un viaje sentimental que hace cada dos o tres años (hace el paseo a pie, con el automóvil estacionado en calles cercanas para evitar la ostentación). "Es una gran pena para mí. Pensaron que hacían lo correcto y probablemente pensaron que no les alcanzaría para mudarse. En cierto sentido, dado quiénes eran mis



padres y cuánto dinero tenían, fue bueno vivir en Brooklyn, pero la verdad es que si hubieran sido un poco más ilustrados hubiera yo crecido en Manhattan hacia finales de los treinta y cuarenta. Eso hubiera querido, ahora por supuesto, la ciudad es mucho más, ustedes perdonen la expresión, un mierdero de lo que era antes. Ahora la quiero como un niño quiere a su padre, digamos alcohólico o ladrón. Cuando pienso que hay niños que crecieron en *Park o Fifth Avenue* en los treinta y cuarenta, tenían allí su residencia y no había crimen del cual hablar, ¡qué paraíso!”

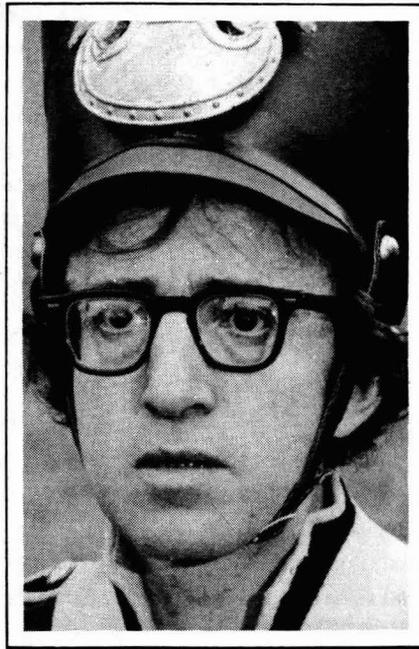
Esto lo dijo sin saber que su percepción de Manhattan sería totalmente diferente después de vivir ahí. En lugar de la ciudad maravilla al otro lado del río, hubiera sido, simplemente, un hogar.

Allan Königsberg era un niño muy observador y con buena memoria. Acontecimientos de la primaria, las caras de sus compañeros de clase, los olores y ambiente de los lugares que frecuentó permanecen claros y vivos medio siglo después en la conciencia de Woody Allen, casi como si fueran recorres de cine.

“Ponía atención a todo menos a los maestros”, dijo un día y luego añadió: “mientras fui creciendo, mi vida se desarrolló en continuidad con mi niñez de forma más tangible que con la mayoría de la gente. En mi mente fue apenas ayer cuando formaba una fila para entrar al edificio de la escuela. No es que sólo lo recuerde como si fuera ayer, tengo un sentimiento por ello, no es historia antigua de ningún modo. Siento que todavía estoy viviendo esa experiencia”. Una parte importante de esa experiencia en su niñez fue ver Manhattan por primera ocasión. En ese instante su relación amorosa con la ciudad comenzó y las glorias del lugar son, en muchos sentidos, captadas en sus películas a través de esos ojos de seis años. Nueva York nunca está sucia o deteriorada en una película de Woody Allen, sino que centellea y se encumbra, se mueve a un paso vigorosamente frenético y parece la apoteosis del vivir cosmopolita. Como lo muestra en *Manhattan*, a través de la música de George Gershwin, Nueva York es para él una rapsodia.

“Vi por primera vez la ciudad en

1941, con mi padre, y me enamoré de ella desde el segundo en que salí del metro en *Times Square*. No puedes creer lo que es mirar repentinamente hacia arriba y verla —esto es, antes de que degenerara—; cada seis metros había una marquesina luminosa con un cine, en mi barrio había un cine cada tres cuadras y eso era *mucho*. Aquí había veinte a mi derecha y veinte a mi izquierda en Broodway, luego, en la Calle Cuarenta y dos, veinte de un lado y veinte del otro. Simplemente no lo po-



En *Love and Death*

día creer. No había deshuesaderos ni tiendas porno. Exhibían películas de riguroso estreno. Había galerías de tiro —en esos días uno podía disparar con rifles de verdad. Yo no podía, había que tener dieciséis años, pero mi padre, en cambio, siempre tiraba al blanco.”

Cuando tenía tres años, su madre lo llevó a ver *Blancanieves*. Fue su primera película, se sentó silenciosamente en el acojinado asiento de terciopelo rojo mientras las luces se apagaban. Los personajes aparecieron, Allan tuvo una reacción de paro respiratorio: ¡se movían! Cautivado por este milagro, corrió a tocarlos y su madre tuvo que jalarlo fuera de la pantalla.

Como si sus propias inclinaciones no fueran suficientes para atraparlo en la telaraña del cine, su prima Rita Wishnick, quien lo cuidó cinco años, era

igualmente huraña, pero mientras Allan estaba atrapado en películas, ella lo estaba en estrellas de cine.

Cuando no vivían con los Königsberg, Rita y sus padres vivían a sólo un par de cuadras de distancia y Allan estaba casi siempre en su casa. Más importante aún es que se la vivía en la recámara de Rita, quien coleccionaba fotos a color de sus estrellas favoritas, recortadas de *Modern Screen* u otras revistas de fanáticos.

Al principio de su carrera como asiduo espectador de cine, ella le enseñó cuanto sabía de actores y era su constante compañera y admiradora de sus hazañas. Cuando tenía siete años no había actor que no conociera; no podía creer que un niño no tuviera idea de quien era Jeniffer Jones, Dennis Morgan o César Romero, era inconcebible que estas caras en la pantalla, que eran casi tan familiares para él como la suya en el espejo, no tuvieran importancia en la vida de otras personas. Después, sus amigos de diez o doce años de edad dirían algo como “Ah, vimos a ese tipo tan chistoso, que tiene un bigote y un puro y camina agachado”, y él pensaba para sí “deben estar bromeando, ése es Groucho Marx. ¿No sabían esto desde que tenían tres años de edad?”

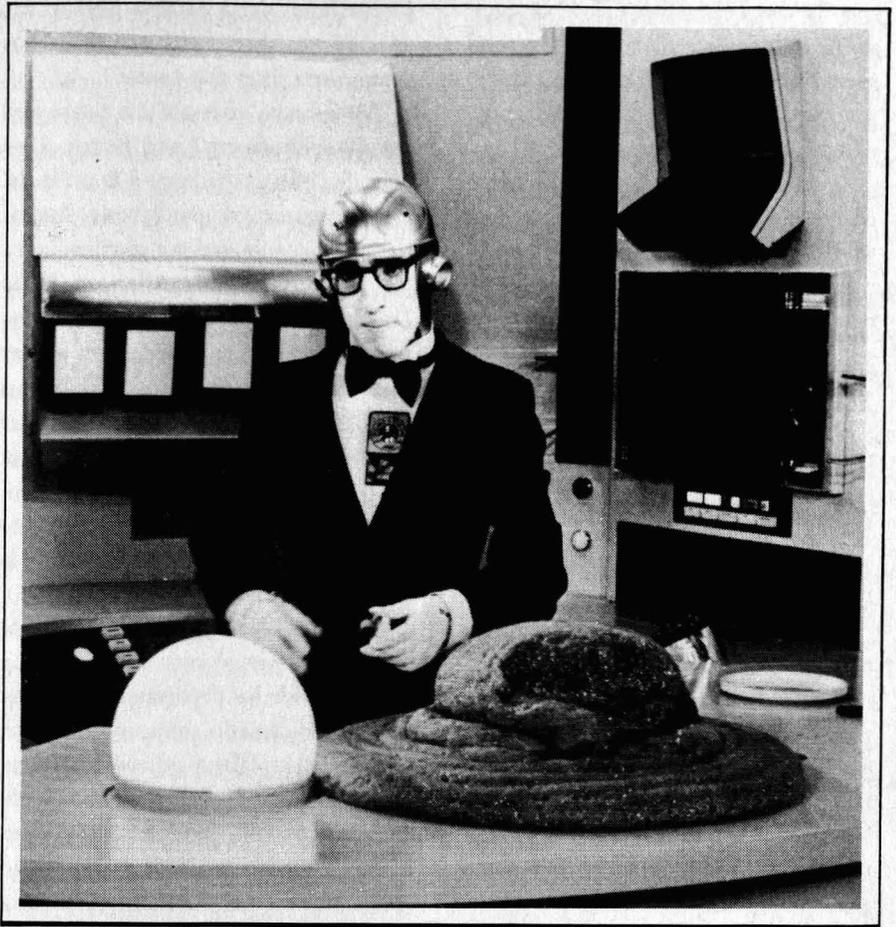
“Recuerdo haber sido el primero en la fila muchas veces los sábados en la mañana” dijo Woody una vez mientras caminaba hacia donde el cine *Midwood* ya no estaba. “Llegaba a las once de la mañana y el cine abría a las doce. El cine se encendía y era impresionante estar ahí porque en esos días el cine era simplemente hermoso, las alfombras, el bronce y todo. No había necesariamente una tonelada de niños en la primera función. Uno primero escuchaba un disco sonar, mientras la gente se acomodaba en los asientos y compraba palomitas. A veces había concursos y sorteos. Te daban un número en la entrada y si tu número salía premiado, ibas a la oficina del gerente y reclamabas un regalo. Gané una vez, todavía lo recuerdo porque fue muy significativo para mí. Siempre había una matrona de blancos cabellos con uniforme blanco y linterna en mano que atendía la sección infantil; de este modo, tu madre te llevaba, te sentaba en tu asiento y se iba. Luego regresaba, cuatro horas después,

y sentías un golpecillo en el hombro avisándote que te tenías que ir y gritabas: '¡no quiero irme!, ¡no quiero irme!'."

En 1944, los Königsberg se mudaron unas cuadras, de nuevo al piso de arriba de una casa de madera de dos pisos; era la casa más grande de las cinco que había en esa zona de modestas casas duplex rodeada por las unifamiliares más bonitas. Woody se paró enfrente de la casa un día, cuarenta años después de haber vivido ahí, y describió una docena de incidentes de su niñez con detalle. Todavía está atrapado en su memoria el día en que escuchó las noticias de la radio con las muertes de dos hombres famosos: el presidente Franklin D. Roosevelt y la electrocución del gángster criminal Louis (Lepke) Buchalter.

La Escuela Pública 99, un edificio de ladrillo rojo de tres pisos rodeado de árboles, estaba a sólo unos pasos de distancia. Siempre caminaba porque odiaba las bicicletas, parte de lo que llama "una aversión innata a los aparatos". "No me gusta manejar un automóvil o andar en bicicleta, odio los artefactos -cámaras, grabadoras, aviones. Hay ciertas cosas en la vida a las que eres indiferente, son sólo insoportables. Si voy a una tienda donde tocan rock me dan ganas de salirme. Es muy molesto, una especie de castigo" (es un gran aficionado a la música clásica pero no conoce ninguna canción popular escrita después de 1950). Es lo mismo con los objetos mecánicos. Puede andar en bicicleta y una vez cada varios años andaría en la bicicleta de un amigo por necesidad, pero no le era divertido y nunca quiso una. Tuvo patines de ruedas y esos sí le gustaban. "Me sentía con mayor control, podía patinar hasta el estadio donde vi juegos de los *Dodgers* contra los *Gigantes* por años. Era un patinador rápido, realmente rápido, tenía de esos pesados patines de acero que apretabas con una llave y podía ir como bala con ellos. En una ciudad más civilizada sería divertido poder patinar por ahí sin alguna preocupación, pero en Nueva York serías rápidamente arrollado y hecho puré."

La Escuela Pública 99 era considerada una escuela modelo, pero para él era "el lugar del espanto, me asustaba más que un raticida. Odiaba el concepto



En *Sleeper*

de escuela en todos sentidos porque emocionalmente no estaba preparado para un reajuste". Tuvo libertades en casa -un poco milagrosamente, considerando el niño problema que era y lo rígido de sus padres. La escuela, sin embargo, era "el cénit de la disciplina y la reglamentación: una experiencia aburrida, sin gracia y antieducativa provista por maestros desagradables e indecentes". A veces tomaba el camino largo a la escuela para posponer lo inevitable. La entrada principal sólo era utilizada por los maestros y la directora, una mujer severa llamada Eudora Fletcher que usaba un moño fuertemente apretado en el pelo (Eudora Fletcher es la psiquiatra, interpretada por Mia Farrow en *Zelig*, cuyo amor transforma al camaleón humano interpretado por Woody Allen). Le gustó el nombre pero no la persona. Todos los directores y maestros en sus películas son personajes agrios y antipáticos. "No hagas caso a lo que te dicen tus maestros de la escuela. No les pongas atención" le dice Cliff a Jenny en *Crimes and Misdemeanors*:

"Sólo observa cómo se ven y sabrás lo que la vida realmente es".

Aunque Woody tiene muchos amigos, sus simpatías son claramente para sus amigas. "Son leales y devotas", dice, "Son ciudadanos más sólidos. Esto nació con mi hermana, con quien llevé una relación espectacular". Un resultado aparente de esto es que Woody es un EXCELENTE *director de mujeres* que puede ayudar a las actrices a desempeñar papeles extraordinarios.

Desde que empezó a caminar, llevaba a Letty a todos lados con él y siguen así de unidos. Su interés por ella era total y sin ningún celo (al menos nunca mostró alguno) y, a todas luces, el suyo era un caso único de amistad fraterna. Todavía ella lo adora por todo esto, a pesar de la convicción contraria de él y Mia Farrow. Las prácticas de Letty en psicología infantil la han llevado a creer que su llegada no fue tan fácil para él como parece.

"Durante ocho años Woody fue hijo único -dice ella-, para bien o para mal, todo giraba a su alrededor. De pronto

aparece este bebé —una niña— por encima de él. No quiero decir que su actitud hacia ella fuera consciente de su parte, porque claramente no lo era, pero puede enfrentarse en dos formas.

“Puedes odiar a un nuevo hermano porque obviamente tus padres han querido otro hijo, después de no haber tenido uno en ocho años. O puedes no pelear sino unirteles para conservar una posición especial: ‘Ésta es mi hermana, la *amo*, es fantástico’, para que todo el mundo diga: ‘¡qué buen hermano, mírenlo, es hermoso!, ¿habían visto una relación así? ¡Es simplemente maravilloso! ¡Es tan bueno con ella!’, evitando así todas las cosas negativas que pudieron afectarte.

“Esta posición le retribuyó más tarde. Si más niños pensarán así inconscientemente, se llevarían mejor: a cuenta de eso él era bueno conmigo. Yo lo idolatraba. Nunca hubo un conflicto entre nosotros. Mis padres nunca tuvieron que decirle ‘ten cuidado en cómo la tratas’, nunca recibió regaños por como era conmigo.”

Entre el nacimiento de Letty y la mudanza a la Calle Quince, cuando Allan tenía entre doce y trece años, los Königsberg se mudaron constantemente de casa. Al principio los cambios le vinieron bien a Allan, pero no después.

Todo empezó con la mudanza de un departamento veraniego en Long Beach, más allá del límite Este de Brooklyn en Long Island, (precisamente ahí se tomaron muchas escenas exteriores de *Radio Days*). No era una gran casa de plaza, sino sólo un pequeño piso sin aire acondicionado. No les era particularmente especial ir a la playa en verano, incluso mucha gente lo hacía para escapar del calor húmedo y las multitudes de la ciudad. Al fin del verano de 1945, Martín y Nettie vendieron el departamento de la Calle Doce sin encontrar otro lugar disponible en el mismo vecindario. Junto con Abe y Ceil y sus hijas, Hane y Marjorie (seis y ocho años más jóvenes que Allan) se quedaron a vivir en la playa todo el invierno, usando calefactores portátiles.

Luego, al llegar el verano, se quedaron de nuevo. Allan y sus primas iban a la escuela pública del siguiente lugar, una diferencia refrescante para él a

comparación de la Escuela Pública 99, porque, nos dice: “era más fácil. Los compañeros eran más tontos”.

“Me gustaba vivir ahí. La primavera era maravillosa en Long Beach. Después de clases podía jugar a la orilla del agua y caminar solo por la costa. Amaba hacer eso cuando había mal clima”. (La narración de Woody Allen en *Radio Days* recuerda sus cuadros de tormenta y lluvia en el vecindario con el mar estrellándose en la playa bajo hileras de departamentos). “Luego vendría el verano y el océano y la bahía estaría justo al alcance de los dedos y se podría ir a nadar o pescar. Viví un momento fabuloso con la comunidad de la playa”.

Después de un año de mudarse de nuevo, esta vez al otro lado de Long Beach, donde los departamentos tenían aire acondicionado, hubo otra escuela primaria para Allan y otra escuela judía, un cambio que le pesó y fue duro también para Martín, quien tenía que hacer el largo recorrido desde Long Island hasta Manhattan. Además, hubo otra mudanza más que fue la peor para Allan. Ceil y Abe tomaron el piso alto de una casa triplex en el *Puerto Chester*, cerca de 25 millas al norte de Manhattan, y los Königsberg se mudaron con ellos 6 meses mientras continuaban buscando otra casa en Brooklyn.

“Soy dos con la naturaleza”, escribió Woody cuando empezó su carrera. Ahora, su departamento en Manhattan es toda la naturaleza que puede soportar. Va a la casa de campo de Mia Farrow en Connecticut, pero sólo por periodos muy limitados. “Woody no tiene tolerancia para el campo” dice ella. “Transcurrida media hora de su llegada, está caminando alrededor del lago, listo para regresar a casa, se aburre mucho, jura que una vez obtuvo un tic cuando se paró en la puerta delantera. Fue el único que tuvo y nunca vi realmente el ofensivo tic. Dice que lo descubrió cuando regresó a Nueva York. Aunque no sepa mucho de insectos, le he visto con un sombrero contra abejas en mi casa; cuando es temporada de mosquitos se lo pone y camina alrededor del lago con él. Por supuesto, nunca se mete al lago, nunca siquiera lo tocaría, ‘hay cosas vivas ahí dentro’ —diría



Con Herb Hall en el *Michael's Pub*



él- (pero sí se sienta en una orilla a practicar el clarinete)". La aversión de Woody al agua silvestre se extendió a una escena en *A Midsummer Night's Sex Comedy* en donde él y Mia se caen a un lago (en realidad sus dobles). Más que empararse con el agua del lago -de una profundidad mínima- para la toma completa de ambos, prefirió vaciarse agua natural embotellada.

Mientras la mayoría de la gente encontraría la atmósfera suburbana y el aire campirano del *Puerto Chester* atractivos, Allan los odiaba precisamente por esas razones. Le horrorizaba verse rodeado de pasto sin ningún sendero por ahí. Odiaba la escuela. La pasó tan mal que después de un par de meses de sinsabores, sus padres le permitieron mudarse con sus abuelos maternos a Brooklyn.

Allan y su abuelo llevaban una buena relación, y Nettie, quien amaba mucho a su padre, quería que le inculcara un poco de sus valores. Quería crear un hijo que le agradara y esperaba que le pudiera transmitir un poco de su fe y devoción por el judaísmo; era importante para ella que Allan aprendiera hebreo y dijera las oraciones por su padre. Aunque Woody iba a una escuela judía como se le dijo y asistía a la sinagoga con su abuelo (Nettie iba sólo ocasionalmente y Martin rara vez), tenía una visión ecuménica de la religión. Esto es, encontró inútiles todas las creencias organizadas.

"No estaba conmovido por la sinagoga, no estaba interesado en el Seder, ni en la escuela hebrea, ni en ser judío", dice Woody: "simplemente no significaba nada para mí, no estaba avergonzado ni orgulloso de ello, era un factor cero para mí. No me importaba, ni era mi campo de interés. Me importaba el béisbol, el cine, ser un judío no era algo para sentir 'Oh Dios, soy tan dichoso' o 'Diablos, desearía ser otra cosa'. Ciertamente no tenía interés en ser católico o de cualquier otra de las religiones gentiles."

El término le trae una sonrisa cuando lo dice. "Pensé que aquellos niños en escuelas católicas que no podían ver películas porque la Legión de la Decencia no se los permitía o quienes decían su catecismo, eran tontos más allá de lo

creíble. Pensé: 'Qué pérdida de tiempo'. Lo mismo sentí en la escuela hebrea, mi mente saliendo por la ventana, sin aprender nada, sólo contando los minutos que faltaban para que se acabara."

Sin embargo, ahora se consume con preguntas escatológicas y una existencia piadosa de Dios; preguntas sobre moral y justicia cuando a Dios podría no importarle o ausentarse de la vida mundana. Esos eventos están en el corazón de dos películas realizadas con quince años de distancia: *Crimes and Misdemeanors*, en la que un hombre mata a su amante cuando ella lo amenaza con contar su relación y sus manipulaciones financieras y, a modo de farsa, *Love and Death*, donde los personajes interpretados por Woody y Diane Keaton -Boris y su prima Sonia- teniendo la oportunidad de matar a Napoleón, discuten como dos maestros subgraduados de Filosofía sobre la rectitud moral de su acción u omisión.

Por todo esto, Woody Allen es un reluciente agnóstico (espera que haya un Dios) pero pesimista (duda que lo haya) que desea haber nacido con fe religiosa (sin confundirla con una creencia de sectas) quien cree, incluso si Dios está ausente, que es importante llevar una vida honesta y responsable. Sus observaciones y bromas acerca de Dios y la religión lo hacen un favorito de los teólogos, aunque Allan Königsberg era, según dice, "amoral e impenetrable". "Cuando digo amoral pienso en un incidente con mi abuelo, que era un hombre bueno y dulce al que quise mucho, tenía como once años y encontré una moneda falsa en la calle, era claramente falsa, decidí embromar a mi abuelo que por ser viejo no notaría la diferencia; esto es un acto amoral, mi madre me descubrió después y dijo: '¿Cómo puedes pedir cambio de una moneda falsa? Es terrible'. Las consecuencias o la moral de ello nunca cruzaron mi mente un segundo."

Atribuye su actitud a su padre porque era muy influenciado. "Aprendí todas las actitudes rudas, paranoicas y callejeras de mi padre acerca de todo" -dijo años después, riéndose de sí mismo-. "No podía salir en automóvil sin provocar una pelea con otro conductor. Era

una persona muy difícil, siempre listo para incitar a cualquiera y sacarlo de sus casillas. Después de verlo, nunca supe de alguna persona que se portara bien con otra —ríe otra vez— sólo más adelante aprendí que si estaba en casa de otro y había cinco dólares detrás del sofá los debía regresar, nunca antes lo supe, ni me lo imaginé, nunca hubo eso en nuestra casa, de tal manera fue que, en mi adolescencia, el hecho de sostener un mazo de cartas en la mano era una invitación a una vida deshonesta. Quité el dinero a millones de niños en la secundaria jugando barajas con todo tipo de trampas, repartiendo cartas escogidas, preparando juegos —iba a ser un tahúr porque era una extensión de los valores que estaba aprendiendo. Pensaba que así se enfrentaba uno al mundo, había tanta agresión en mi casa y todo el mundo provocaba —particularmente mi padre incitaría o provocaría al menor descuido, supongo que lo hacía para vivir.”

Ahora Martin y Nettie viven en un departamento cercano que Woody les compró hace 20 años. También tienen una casa de invierno en Florida —comprada por su hijo. “Hoy todavía —dice Woody— haría cosas como darle una pelota cargada a quien esté jugando golf con él sólo por dos dólares.”

A pesar de su facha y hábitos cada vez mas insociables, Allan vivió suficientemente cómodo con sus abuelos en el departamento de la Calle Quince y Avenida K por cuatro o cinco meses hasta que Nettie y Martin encontraron una casa en la Calle Quince. Allan vivió ahí hasta los dieciséis años, pero su facha estaba ya formada.

“Sabes, cuando pienso en ello es tan claro por qué soy tan neurótico y he tenido una vida tan neurótica” —dijo Woody alguna vez mientras recordaba su infancia. “Piensa en el número de veces que cambié de escuela y me mudé, teniendo que aclimatarme a nuevos amigos, nuevas escuelas y gustándome u odiando —generalmente odiando— levantar amarras e irme a otro lado, aclimatarme a una nueva escuela judía y a una escuela regular para luego hacerlo una y otra vez. Por supuesto, al cambiar de vecindario, aunque fueras a la misma escuela había un desmem-

bramiento porque no volvías a ver de nuevo a todos los chicos de tu cuadra. Uno siempre tenía dos grupos de amigos —de la escuela y de la cuadra— y eran siempre muy distintos, bastante bien definidos. Los amigos de la cuadra no tenían nada que ver con los de la escuela porque podían ser de cualquier edad; tres años más chico o cinco años mayores que tú, y existía una jerarquía. Los amigos de la escuela estaban todos en tu salón y podían venir de veinte



En Zelig

cuadras a la redonda. Además estaba la relación totalmente contenciosa de mis padres durante mi infancia, es un milagro que cumplieran sesenta y dos años de casados. Estuvieron a punto de romper, diría yo, cada noche de los primeros treinta años de esos años. Ciertamente, los primeros veinte. Era sorprendente cuando iba a la escuela en la mañana porque nunca sabía si regresaría a casa y estarían ambos.”

La primera de Allan, Rita, fue en muchos sentidos la hermana mayor que nunca tuvo. Estando él al principio y ella al final de la adolescencia, compartieron recámara sin incomodidad cobijados por el parentesco y el tabú.

“Tenía una buena relación con ella” —dice Woody— “Ella era buena persona y nos queríamos, constantemente jugá-

bamos cartas y nos divertíamos. Fue como tener un amigo”. Platicaban muy seguido y él siempre estaba haciéndole preguntas. Les gustaban los mismos programas de radio, los cuales escuchaban en su cuarto. No había conflictos territoriales porque ella era cinco años mayor y tenía su propio grupo de amigos, además, ella incluía frecuentemente a Allan en sus juegos. Los amigos de ella simpatizaban con Allan y hasta lo buscaban para jugar béisbol. No obstante para un niño de doce años una niña de diecisiete, viviendo juntos, podía en ciertos casos, ser una fuente de curiosidad sexual. Nunca pasó con ellos. Woody dice: “porque ella era mi prima más cercana, una cosa como ésa nunca hubiera cruzado nuestras mentes. Me encantaría regresar a esa casa alguna vez, pero tengo miedo de llegar a esa puerta y decir: ‘aquí viví alguna vez’, porque sería una cosa muy impulsiva. La mujer de la puerta podría reconocerme y decir: ‘Oh ¿de verdad?’ dejándome entrar o podría decir: ‘¿está usted bromeando?’. Podría enseñarte todos los cuartos donde hicimos de todo, donde quemé el abrigo de pieles de mi padre en un experimento de química, como lo hice en *Radio Days*. Mi padre me compró un juego de química *Lionel* cuando estaba en el hospital para que me hicieran unos exámenes de alergia por los que no habría tenido que ir ahí. Odié esto y se sintió tan culpable conmigo que en compensación me compró ese juego de 45 dólares, que era mucho dinero en ese entonces. Era el juego de química más grande que había. ¡Cómo me gustó!”.

Tenía como trece años cuando un amigo, uno de los primeros en el grupo que compró una grabadora, puso un cassette que grabó de un programa en la radio de jazz tradicional. Era una banda de Nueva Orleans, donde tocaban todos sus favoritos: Sidney Bechet, Joe “King” Oliver y Duke Ellington. Allan y un grupo de amigos se interesaron cada vez más en el jazz tradicional, al punto de convertirse en expertos. Como los adolescentes de ahora que saben todo sobre grupos de rock and roll y heavy metal, ellos sabían sobre cada intérprete en cada disco y cada pedazo de la historia del jazz. ◇